EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

AMORES PERDIDOS,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



BARCELONA.
IMP. NUEVA, DE JAIME JEPÚS Y RAMON VILLEGAS,
PETRITXOL, 14, PRINCIPAL
1859.

AMORES PERDIDOS.

Ay! Amores de la tierra
son mentira y humo vano:
quien en ella los perdiere
vaya en el cielo á buscarlos!

ANTONIO ARNAO.

AMORES PERDIDOS,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO, ORIGINAL

DE

D. JOAQUIN ASENSIO DE ALCÁNTARA.

ESTRENADO EN EL TEATRO DE SANTA CRUZ, Á BENEFICIO DE D. JULIO GARCÍA DE PARREÑO, EL 11 DE ABRIL DE 1859.

BARCELONA.
IMP. NUEVA, DE JAIME JEPÚS Y RAMON VILLEGAS,
PETRITXOL, 14 PRINCIPAL
1859.

PERSONAGES.	ACTORES.
ANGELA.	*Doña Rosa Tenorio.*
ROSA.	*Doña Felipa Diaz.*
D.ª CÁRMEN.	*Doña Dolores Perez.*
CÉSAR.	*D. Julio Garcia de Parreño.*
CÁRLOS.	*D. Julio García.*
FERNANDO.	*D. Francisco Oltra.*

Este drama ha sido puesto en escena por el primer actor y director D. Francisco Oltra.

La accion es contemporánea: la escena se supone, el acto primero en Madrid: los dos restantes en un pueblo inmediato.

Á JAIME ISBERT.

Si algun dia muere la amistad que hoy nos profesamos, sea esta página el poderoso talisman que vuelva á unir nuestros corazones.

Joaquin.

Barcelona.—Abril 1859.

ACTO PRIMERO.

Una sala ricamente amueblada. Puertas laterales y al fondo.

ESCENA I.

D.ª CÁRMEN.—ÁNGELA.

(Aquella, ocupada en varias labores: esta, leyendo.)

ANGELA. «En el fondo de mi alma (1)
hay dolores y muy grandes;
unos los saben los hombres,
otros solo Dios lo sabe!»
¡Ay!

D.ª CÁRMEN. Hija, porqué suspiras?
¿Qué tienes?

ANGELA. Nada, mi madre.

D.ª CÁRMEN ¿Qué libro es ese que lees?

ANGELA. «El libro de los cantares»

D.ª CÁRMEN Y ¿te agrada su lectura?

ANGELA. Nada hay que tanto me agrade.
Los corazones que sufren

(1) Antonio de Trueba.

en silencio hondos pesares,
ayes de dolor exhalan
porque consuelan sus ayes;
pero los que no comprenden
esos sentimientos grandes,
sin que tan solo una lágrima
por sus mejillas resbale,
no cruzarán el camino
de la vida sin cansarse.

D.ª Cármen Ese libro te entristece
y su lectura te place?
No leas mas; hija mia:
ven aqui, junto á tu madre.

Angela. Aqui me tienes, señora,
(Sentándose junto á su madre.)
no porque tú me lo mandes...
que es iman tu corazon
de mi corazon amante.

D.ª Cármen Angela, ¿me quieres mucho?

Angela. Como á la brisa el ramaje,
como al honor la virtud,
como al espacio las aves,
como á la flor el estío...
como no te quiso nadie.
(La dá un beso.)

D.ª Cármen Dame otro beso

Angela. Otro... y mil,
no son para mi bastante,
pues besándote me dás
mas deseos de besarte.

D.ª Carmen Que la bendicion envíe
desde los cielos tu padre...
y esta lágrima reciba
que aqui en la mejilla arde.

Angela. Un suspiro y una lágrima
puede á las dos compararse:
del alma nace el suspiro,
llanto del suspiro nace.—
Lágrimas hay que son perlas...

D.ª Carmen De un valor inestimable.
No existe amor en el mundo
que al amor materno iguale,
ni hay ángeles como tú.

ANGELA. En el cielo están los ángeles.
D.ª CARMEN Pero hay séres en la tierra,
que la embellecen y saben
devolver la paz al alma
presa de amargos pesares.
ANGELA ¡Ah, no!... Esos séres benditos
apenas al mundo nacen
los llama el Señor, á sí;
que corazones que valen
tanto, huyen de la tierra
presto.
D.ª CARMEN ¿Crees que en ella nadie
queda para consolarnos?
El llanto corriera á mares;
la tierra fuera un desierto;
la existencia interminable,
sino hubiesen, hija mia,
almas que nos consolasen.
ANGELA. El recuerdo solamente
de un bien perdido, es bastante
para que de esta existencia
corran los dias fugaces.
D.ª CARMEN Por esperiencia hablas tú? (Sonriendo)
ANGELA. Si; por esperiencia, madre.—
Oye, y te convencerás,
por lo que voy á contarte,
de que junto al Señor viven
esos séres que son ángeles.
La primavera que fuimos
al pueblo—cuatro años hace—
donde el agua del bautismo
vertieron sobre tus padres,
de pechos á la ventana
miraba el sol ocultarse
entre nubes de oro y nácar,
cuando öí una voz amante
contar al aire sus quejas
porque las contára el aire.
Iba la noche cerrando;
plegaba la flor su cáliz;
corria el agua en silencio....
se despedian las aves.
A la voz de la campana

que á nuestra memoria trae
la hora de la oracion,
rogué al Señor por mi padre.
En tanto aquel dulce canto
perdíase entre el ramaje
ó en alas del blando céfiro
mensajero de sus ayes
volvia y hallaba en mi
jóven corazon su cárcel.
Era un pecho enamorado
de la reina de aquel valle,
que á la luz de las estrellas
iba á la ermita del Cármen
y á la Vírgen ofrecia
un ramo de flores, cárcel
de pintadas mariposas
y de perfumes suaves.
La Vírgen prendóse de ella,
porque la niña era un ángel;
y desque subió á los cielos,
canta un trovador amante
al llegar la noche: «estrellas,
testigos de mis cantares;
á mi zagala decidla
cuán triste ha quedado el valle,
que hay como en el cielo estrellas
en mi corazon pesares!...» —
Me sorprendió, madre mia,
de pechos á la ventana
el sol rey del claro dia
que entre nubes de oro y grana
la pradera embellecía.
Las flores ya desplegaban
su misterioso boton;
los pajarillos cantaban
y por el aire aun vagaban
los ecos de una cancion.
Apenas su negro manto
tendió la noche, volví
á la ventana y no öí
aquel dulcísimo canto....
no estaba el cantor allí. (Tristemente.)
El ruiseñor no turbaba

el silencio de la noche...
la luna amores brindaba
con brillo amante y cerraba
la rosa su casto broche.
Todo entonces ofrecia
amor que delirios fragua:
el prado, la selva umbría,
el valle, el céfiro, el agua
que murmurando corria...
Pero la voz que llevó
el viento á mi celosía
y en mi alma resonó,
enmudeció, madre mia,
porque el aire enmudeció!...

D.ª CÁRMEN Mira que es un sentimiento,
(Levántanse.)
hija querida, el amor,
que el hombre para tormento
juega con él, como el viento
con la delicada flor.

(Oyese una campana tocar á misa.)

ANGELA. La campana nos avisa
que hora de la misa es ya.

D.ª CÁRMEN Pues vamos, vamos á misa.

ANGELA. Mamá, no vayas aprisa,
que cerca san Luis está.
(Vánse por el fondo.)

ESCENA II.

CÉSAR.—FERNANDO.

(Por el fondo.)

CÉSAR. Es de las muchachas bellas
la mas bella que yo ví.
Si estrellas hubiese aqui,
diera envidia á las estrellas.

FERNANDO. No ecsageres.

CÉSAR. No, á fé mia.
Si Dios fuese...

FERNANDO. Loco anhelo.

CÉSAR. Aqui la bajára el cielo

ó al cielo la subiria.—
La otra es tu madre?

FERNANDO. Si.

CÉSAR. El tiempo estampó su huella
en el semblante de aquella
que tan bella conocí.—
Dichosa casualidad,
Fernando, la de encontrarte.

FERNANDO. La dicha es mia.

CÉSAR. No; parte,
y consiento, una mitad.
A Garrido pregunté:—
¿qué es de Lopez?—Contestó
que no ha muerto es cuanto sé.—
Sabes donde vive?—No.—
Quince dias cumplen hoy
de mi permanencia aqui:
anhelaba abrazarte y
abrazándote ya estoy.

FERNANDO. Durante estos cinco años
que no he sabido de ti,
César amigo, sufrí
muy amargos desengaños.

CÉSAR. ¿A qué hombre á nuestra edad
desengañado no viste
de un mundo en que ya no ecsiste
ni cariño ni amistad!

FERNANDO. Pero dime, amigo amado,
que ha sido de ti hasta ahora,
ya que ha llegado la hora
feliz de verme á tu lado.

CÉSAR. Ya sabes tú que salí
de Madrid y fuí á abrazar
á padre... ¡Le vi espirar
y nuestra pobreza ví!
Falto de recursos me era
imposible continuar
mis estudios. Renunciar
fué preciso á mi carrera.
Perdí á mi padre y perdí
á una jóven que adoraba!
Solo el mundo me legaba
las lágrimas que vertí!

FERNANDO. Te quedaba un corazon
mas grande que tu quebranto.

CÉSAR. Resolví seguir el canto.

FERNANDO. Fué magna resolucion;
pues nadie hay hoy á tu edad
que esté tan bien reputado:
la fama te ha pregonado
como notabilidad.

CÉSAR. Hé ahi mi suerte reácia
y mi desgracia importuna:
es el arte mi fortuna,
la soledad mi desgracia;
pues cuando solo me miro,
doy mis suspiros al viento
porque no oigo un dulce acento
que diga porqué suspiro.
No hay quien me inspire ese amor
que el artista anhela tanto;
no hay quien enjugue su llanto
de alegria ó de dolor.

FERNANDO. Si no quieres vivir triste,
cásate...

CÉSAR. No puede ser.

FERNANDO. ¿Porqué, César?

CÉSAR. La muger
única que amé no ecsiste.
Un cielo de gloria abierto
con su amor, Fernando, ví;
mas desde que la perdi
veo en el mundo un desierto.

FERNANDO. Pero ese mundo te admira;
gloria, renombre te dá...

CÉSAR. A la que en el cielo está
se lo debo: ella me inspira.

FERNANDO. ¿Porqué al pesar te abandonas?
Ya no te alhaga pensar
que has venido aqui á pisar
inmarcesibles coronas?...
Será un gozo sin igual
el que esperimentaré
la noche que te veré
en el teatro Real
obtener una ovacion

completeta.
CÉSAR. No...
FERNANDO, A qué dudarlo?
Solamente de pensarlo
se me ensancha el corazon.
César, en breve testigo
de tus triunfos he de ser.
CÉSAR. Tendrá el artista un placer.
FERNANDO. Tambien lo tendrá el amigo.
[Dándole la mano.]

ESCENA III.

Los mismos.—ROSA.

ROSA. Señorito, ahora han traido
esta carta para uste.
[Dá una carta á Fernando y se vá.]
FERNANDO. (Lee para si.)
«Caro amigo; aunque no esté
del todo restablecido
de mi grave enfermedad,
muy en breve te iré á ver;
pues quiero satisfacer
hoy mismo la cantidad
que por mi adeudas; porqué
segun mi memoria, infiero
que hoy mismo ha de ser dinero
lo que aun es un pagaré.»—
Es verdad! Se me olvidaba (ap.)
que el pagaré vence hoy...
pero muy tranquilo estoy
por lo que Cárlos acaba
de escribirme).
CESAR. Son quizás
cartitas de amor, Fernando,
las que así están ocupando
tu pensamiento?
FERNANDO. No: estás
equivocado. No hay fuego
en mí pecho, abrasador:
ya no juego con amor

porque es un terrible juego.
Es la carta de un amigo
á quien de veras yo quiero ,
pues leal y caballero
ha sido siempre conmigo.
Cumplirá mañana un mes
que en una de las reuniones
que dá el Vizconde Quiñones ,
caballero portugués ,
sacrifiqué á la amistad
que le profeso , pues ciego
era víctima del juego ,
una corta cantidad.
Un crecido capital
dejó al espirar mí padre ;
pero yo adoro á mi madre
con cariño celestial ,
y es pequeño este cariño
si al suyo se le compara.

CESAR. Yo perdí á mí madre cara
cuando aun era muy niño.

FERNANDO. Para acudir al momento
á ella , necesario era
que los motivos supiera
y la daba un sentimiento.
Resolví en apuros tales
antes que á madre á cualquiera....

CESAR. ¿ Se adeudaba?

FERNANDO. Friolera:
seis mil y quinientos reales.
La cantidad encontré
bajo firma mia , pero
hoy mismo ha de ser dinero
lo que aun es un pagaré.
Mas veo que la amistad
de ese amigo no es mentida ,
pues dice vendrá en seguida
á darme la cantidad
que se adeuda.

CESAR. Si no fuera
como dices , tengo yo
para tí el dinero.

FERNANDO. ¡ Oh , no !..

CESAR. Lo contrario me ofendiera.

FERNANDO. Sabes que mas de una vez
tu cariño me has probado.

CESAR. Del tuyo no me he olvidado,
mi amigo de la niñez.—

FERNANDO. Aun en mi pecho rebosa
la alegría al recordar
las horas que ví pasar
con tu plática sabrosa.

CESAR. Los recuerdos de la infancia
siempre en la mente se agitan.

FERNANDO. Son flores que no marchitan
los vientos de la inconstancia;
y ni el tiempo las deshace
ni un desengaño las hiere.

CESAR. El sentimiento que nace
en la juventud, ya muere
cuando el hombre.

FERNANDO. Esa en verdad
es la amistad verdadera;
no á un sentimiento cualquiera
debe llamarse amistad.—
¿Qué miras?

CESAR. Se me figura
verte en el colejio, chico.
¿Aun pintas?

FERNANDO. Si; me dedico
con pasion á la pintura.

CESAR. El pincel y la paleta
te volverán poco á poco
loco.

FERNANDO. El poeta si es loco;
y tu que eres buen poeta....

CESAR. A lo primero me avengo,
pero á lo segundo, no.

FERNANDO. ¡Ah! Mira; apropósito:
un album muy lindo tengo,
y fuera hacerme un ultrage
no escribir tú...

CESAR. No...

FERNANDO. Si tal.
Ven: mientras pinte un paisage
compondrás un madrigal.

(Vánse por la izquierda).

ESCENA IV.

ROSA.

Gracias á Dios que podré
entregarme á la lectura
sin que la vecina estorbe
ni el aguador interrumpa.
¡ Ay ! Lo que es en la cocina
es imposible que una
pueda saber lo que lee
en medio de tanta bulla.
Hay en el cuarto tercero
una tal doña Jesusa ,
que ó maltrata á los vecinos
ó con su esposo disputa.
La señora del segundo ,
la amable doña Segunda ,
riñendo con la criada
porque es un poquito súcia.
La viuda del cuarto bajo
suspirando porque es viúda...
Así es que he salido huyendo
de tan grande baraunda
para poder entregarme
sosegada á la lectura.
Aquí está el libro que busco.
(Tomándolo de la mesa).
¡ Jesus ! y cómo me gustan
estos versos !.. qué bonitos !
Hablan del sol , de la luna
y las estrellas... A mí
tantas luces me deslumbran
y me quedo á veces como
quien no tiene aceite... á oscuras.
Pero mi novio me enseña
esas palabras... *menudas*,
que unos amantes prodigan
y otros amantes escuchan.
Vale mas un «yo te quiero»
de una boquita de azúcar,

que poder disfrutar todas
las dichas del mundo juntas.
Si dijera Dios:—¿Qué quieres?—
Le responderia:—«un cura
que me case con mi Juan.»
No he sido ambiciosa nunca,
pero con él y una casa
nevada como la espuma
al pié de un arroyo, donde
las aves la aurora anuncian,
muchas mi suerte envidiáran
porque la quisieran muchas.

ESCENA V.

ROSA.—FERNANDO.

FERNANDO. Rosa, ¿no oyes que te llamo?
ROSA. No lo he oido, señorito.
¿Qué quiere usted?
FERNANDO. Ser el amo,
muchacha, porque te amo,
de ese cuerpo tan bonito.
ROSA. Eso es chanza.
FERNANDO. La esperanza
abrigo que me querrás,
que tal premio al fin alcanza
quien ama.—Dí; ¿me amarás?
ROSA. Señorito... si eso es chanza.
Usted por lo sério toma
una broma semejante?
Bien está San Pedro en Roma.
FERNANDO. ¿Desdeñarás á un amante?
ROSA. Señorito... si eso es broma.
FERNANDO. Mira: si por tí me veo
despreciado, habrá un motin
en casa y á mi deseo
con la vida pondré fin...
ROSA. Señorito... no lo creo.
FERNANDO. Conque piensas que es patraña
este amor?...
RORA. Si es... fabuloso.

FERNANDO. Tu descreencia me daña,
pues por ti pierdo el reposo.
ROSA. Señorito... usted me engaña.
FERNANDO. Si quieres, á un cura acudo
y estrecharemos el nudo
del amor... dentro de un año...
Ya tú ves que no hay engaño...
ROSA. Señorito, yo lo dudo.
FERNANDO. ¡ Ingrata ! Me matarás
con tus dudas.... mi querer
es verdadero.
ROSA. Jamás
podré tal cosa creer,
porque soy... santo Tomás.
FERNANDO. Vamos, chica; dí, despacha:
mi amor es fino, sin tacha...
¿ me quieres ?
ROSA. Nó, porque asoma
la risa al rostro...
FERNANDO. Muchacha !...
¡ Maldita seas !
ROSA. Si es broma...
FERNANDO. Loco, enamorado estoy,
cuando amor locuras fragua !...
¡ Qué desventurado soy !—
Traiga usted un vaso de agua.
(Con gravedad cómica.)
ROSA. Señor don Fernando... voy. (Váse.)

ESCENA VI.

FERNANDO.—Luego ROSA.

FERNANDO. La pícara conoció
que era mi amor... pasagero,
pero la prometo yo...
ROSA. El agua. (Presentándole el vaso.)
FERNANDO. Ya no la quiero.
(Aparentando incomodidad.)
ROSA. ¿ Pero porqué ?
FERNANDO. Porque no.
ROSA. (Jesus ! Qué nublado asoma ! (Ap.)

A mi tenderme la red...
Si es su amor como su sed,
bien dije yo que era broma.)

FERNANDO. Muchacha.

ROSA. ¿Qué manda usted?

FERNANDO. El periódico.

ROSA. Aqui está.
[Dándole un periódico.]

FERNANDO. Por eso entonces salí;
no creas que fué por tí....
Era... una broma...

ROSA. (Sonriendo maliciosamente.) Pues... ya..
al punto lo comprendí. (Váse Fernando.)

ESCENA VII.

ROSA.

Vaya con el señorito!...
Habrá creido quizás
que esta fortaleza era
no dificil de tomar.
Para obtener solamente
leves esperanzas Ju in
de ganar mi corazon,
lo tuvo que aprisionar
entre cadenas de flores,
y gimió y suspiró mas
que un chiquillo cuando quiere
lo que no le quieren dar.
Hay hombres tontos que creen
al momento... (Se oye llamar á la puerta.) ¿Quién será?
[Se vá por el fondo y sale luego seguida de Cárlos.]

ESCENA VIII.

CÁRLOS.—ROSA.

ROSA. A misa salieron, pero

en volver no tardarán.
Tome asiento.—Y ¿cómo sigue
[Cárlos se sienta]
usted de su enfermedad?

CÁRLOS. Algo aliviado.

ROSA. (Muchísimos (ap.)
están en el hospital
mas sanos que tú.) Me alegro

CÁRLOS. Y don Fernando?

ROSA. Allí está,
en su gabinete, con
una notabilidad.

CÁRLOS. Pues ¿quién es?

ROSA. No le conozco.
Sino quiere usted entrar,
avisaré que...

CÁRLOS. No, Rosa.
Ya que la casualidad
nos proporciona este rato,
lo quisiera aprovechar
hablando contigo.

ROSA. Bueno:
empiece, que escucho ya.

CÁRLOS. Tú que sabes los secretos
de esta casa, ¿me dirás
si alguna vez soy objeto
de conversacion?

ROSA. Si tal.
Ayer mismo...

CÁRLOS. Y ¿que decian?

ROSA. Acabamos de almorzar
y me dijo la señora:
Rosa, esta tarde... [Oyese llamar á la puerta.] Aqui están! [Vase.]

ESCENA IX.

CÁRLOS.

Un triste presentimiento
atormenta el alma mia...
Esperanza, sé la guía

de mi loco pensamiento.
En tus alas ver anhelo
la soñada bienandanza ..
no me dejes, esperanza ,
solo con mi desconsuelo.

ESCENA X.

CÁRLOS.—D.ª CÁRMEN.—ANGELA.—ROSA.

D.ª CÁRMEN Pues avisa al señorito.
[A Rosa que vá al cuarto de Fernando.]
—Adios , Cárlos ; ¿ cómo vá ?
CÁRLOS. Mejor : gracias. Usted...
D.ª CÁRMEN Buena.
CÁRLOS. Y Angela... angelical !
ANGELA. Si enfermo está usted galante
cuando sane ¿ qué será ?
CÁRLOS. Mirándola á usted olvido
completamente mí mal.

ESCENA XI.

Los mismos.—FERNANDO.—ROSA.

ROSA. Ya sale, señora. [Váse por el fondo.]
FERNANDO. [Saliendo.] ¡ Cárlos !
¿ Tú restablecido ya ?
CÁRLOS. Hombre, no completamente.
FERNANDO. Entonces haces muy mal...
CÁRLOS. Como usted no se ha dignado
á el amigo visitar...
FERNANDO. Pero han ido cada dia
á saber de tí.
ANGELA. Mamá
me hablaba de usted , don Cárlos ,
ahora mismo.
D.ª CÁRMEN Si , es verdad :
jamás echo yo en olvido
á los amigos, jamás.

CÁRLOS. Me felicito.—Fernando, (ap. á Fer.)
habia necesidad
de venir á verte. ¿Sabes
que esta tarde vence ya
el pagaré?)

FERNANDO. Y á qué vienes? (ap. á Car.)

CÁRLOS. A darte la cantidad
que por mí adeudas.

FERNANDO. Sin tí
se hubiera ido á pagar. (ap. á Carlos.)

CÁRLOS. Lo creo, Fernando: gracias.-(id. á Fer.)

FERNANDO. Idolatrada mamá:
tengo en mi cuarto á un amigo
que te voy á presentar
en cuanto escriba en tu album
un soneto ó madrigal.
Compañero de colegio...
—tú no le conocerás— (á Cárlos.)
primo tenore assoluto;
una notabilidad.
Ha cantado últimamente
(Vase doña Cármen por la derecha.]
en la Scala d' Milan,
donde vuelve despues de
cantar en el Teatro Real.
Voy á ver con tu permiso
si el tenor—poeta ha
terminado su poesía.
Si quieres, puedes entrar.

CÁRLOS. No: á pintores y poetas
pláceles la soledad.
[Vase Fernando por la izquierda.]

ESCENA XII.

ANGELA.—CÁRLOS.

(Pausa.)

CÁRLOS. Angela... está usted hermosa
como la tarde primera
que la encontré en la pradera
en pos de una mariposa,
á quien daba usted enojos

y entre rosas se escondia,
porque abrasarse temia
en la lumbre de esos ojos.
Yo la dije que la amaba:
usté, Angela, contestó
corresponderia ó nó
dentro un año. El plazo acaba.
Una rosa usted me dió
que es de la palabra esa
testigo. Se marchitó
como la flor su promesa?...
Conteste, pues, Angelita,
y devuélvame la calma.

ANGELA. Don Cárlos, está mi alma
como esa rosa, marchita.

CÁRLOS. ¿Conque debo renunciar
á un amor que era mi vida
y llorar la fé perdida!...

ANGELA. Debe vivir y esperar.

CÁRLOS. ¡Esperar! Fantasma fiero
que acrecienta la ilusion...

ANGELA. Y destruye el corazon;
pero yo espero! yo espero!
Espera el alma que quiere;
que cree en Dios y en El adora;
espera el alma que llora
y espera el alma que muere.

CÁRLOS. ¿A qué esperar, si ya sé
que es de otro su corazon?—
Yo perderé la razon
y la vida perderé;
pero á quien mi desventura
robándome su amor labra,
quizás un sepulcro le abra
al abrir mi sepultura!...

ANGELA. Entonces de esta muger
será usted aborrecido.

CÁRLOS. El que todo lo ha perdido,
¡qué mas puede ya perder!

ANGELA. Pues ¿acaso yo le he dado
una esperanza siquiera?...

CÁRLOS. No, pero decir: *espera*,
es decir: *serás amado.*—

Necesito que él padezca ;
que sufra hasta perecer !...—
Pensando en ese placer
ya olvido que me aborrezca.

ANGELA. Esas ideas que nacen
de su loco pensamiento ,
son nubes que empuja el viento
y en el viento se deshacen.
Si amor siente abrasador ,
no manche con lengua impura
su pureza. La flor pura
es símbolo del amor.

CÁRLOS. Pero usted amando ignora
la fuerza de mi querer !...—
Ó ¿no quiere comprender
cuánto sufre quien la adora !

ANGELA. Yo no amo...

CÁRLOS. Me causa enojos
que oculte usted su pasion ,
cuando declaran sus ojos
lo que calla el corazon.—
De un ángel que amé y perdí
usted es la imájen pura.
Allí una estrella fulgura...
otro ángel me guia aquí.
Dos séres que quizá encierra
Dios en uno siendo dos :
uno embellece la tierra;
otro vive junto á Dios.
Desde que dejó este suelo
sueño en una rosa yo
que Dios aspira en el cielo
y aroma al mundo prestó.
Flor que en el zénit asoma
para aspirar su candor...
La flor *ella* , usté el aroma :—
no hubiera aroma sin flor.
A la luz de las estrellas
que visten el firmamento,
¡ cuántas veces conté al viento
mis dulcísimas querellas !
La existencia—yo decia—
sin *ella* me desespera !...

y el bosque me respondia
y las montañas : « ¡ espera ! »

ANGELA. Era usted quien sus congojas
contaba de noche al viento
que repetia su acento
perdiéndose entre las hojas ?

CARLOS. Yo , que á la reina adoraba
del valle donde nací
y del valle me ausentaba
cuando en el valle á usted ví.

ANGELA. ¡ Ah !

CARLOS. Entonces por vez primera
ví ese semblante y pensé
que al mundo otra vez viniera
la que del mundo se fué.
Y es mi amor , Angela bella,
desde aquel dia tan grande,
que amarte tal vez me mande,
porque te amo mas que á *ella*.

ANGELA. ¿ Era usted el trovador
que amoroso suspiraba
y dulces cantos enviaba
al céfiro volador ?

CARLOS. ¡ Oh ! si , Angela : yo era
quien de la creencia en pos
adora y espera en Dios
porque ama , cree y espera...
yo , que ya mirar no anhelo ,
para calmar mis enojos,
al cielo, porque en tus ojos
veo la imájen del cielo.

ANGELA. Tu voz amante escuché
de un dulce instrumento al son
y en mi jóven corazon
tus cantos aprisioné.
La noche que al cielo enviaste
tus suspiros , palpitar
sentí el pecho porque á amar
al corazon enseñaste.

CARLOS. Un *sí* para que me veas
dichoso es cuanto yo espero...—
¡Te quiero!

ANGELA. ¡Tambien te quiero!

CARLOS. Bendita, bendita seas! —
Testigo se tú, mi madre,
de este amor eterno y puro. —
Juro amarte.

ANGELA. Amarte juro
por el alma de mi padre.

(Oyese la voz de César, que canta al piano una cancion. Angela se estremece.—Sorpresa de Cárlos.)

CESAR. *Dentro.* (Canto.)
Estrellas, del triste amigas,
testigos de mis cantares,
á mi zagala decidla
cuan triste ha quedado el valle,
que hay como en el cielo estrellas
en mi corazon pesares.

ANGELA. ¡Ah! Es la voz que en noche oscura
venia á mi celosia!—
(A Cárlos.)
Tu torpe labio mentia!...
Mentia tu lengua impura!!...

CARLOS. ¡Dios! (Aterrado.)

ANGELA. ¡Vírgen, amparamé!
(Arrojándose en brazos de su madre.)

ESCENA XIII.

Los mismos.—D.ª CARMEN.—CESAR.—FERNANDO.

CESAR. Señoras... (Saludando.)

CARLOS. (¡Suerte fatal! (Ap. viendo á César.)
¡Aqui tambien mi rival!)

CESAR. (¡La imágen de la que amé!)
[Con sorpresa, mirando á Angela.]

FERNANDO. ¿Qué es esto, Cárlos?

CARLOS. (Sin escuchar á Fernando.) ¡Dispon,
Dios clemente, de mi vida!

D.ª CARMEN ¡Angela!

FERNANDO. ¡Hermana querida!

D.ª CARMEN ¡Hija de mi corazon!!...

[Cesar contempla á Angela con ternura íntima. Cárlos demuestra el ódio que aquel le inspira. D.ª Cármen y Fernando acuden á Angela. Rapidez.]

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala de una casa de campo amueblada con elegante sencillez. Puertas laterales y al fondo. A la derecha en primer término, una ventana, á cuyo lado aparece Angela sentada.

ESCENA I.

ANGELA.

Cuando á las nubes coloran
los rayos del rey del dia,
las flores jimen y lloran
como llora el alma mia.—
Sol, que en el oriente asomas
y mitigas mi quebranto;
sol, de la pradera encanto
y encanto de las palomas:
bello rey del claro dia,
torna á mi pecho la calma,
mas no ahuyentes de mi alma
la dulce melancolía....
No lleva en alas el viento
que mi ardiente sien orea
el enamorado acento
del trovador de la aldea!..
Asomada á la ventana

paso las veladas yo,
aguardando...—La mañana
llega, pero César no.
Un mes ya que esta alquería
testigo de mi mal es!..—
Para mí que espero, un mes
me parece cada dia.
Pero ¿qué digo? Locura
es este amor que en mí siento!..—
mátame, mi pensamiento;
yo no puedo ser perjura.
Amor, huye de otro en pos,
deja tranquilo mí pecho,
porque un lazo ante Dios hecho
tan solo lo rompe Dios.—
Debo, César, renunciar
al amor que me inspiraste,
que si de veras amaste
no puedes volver á amar.
No mas mi pecho devore
una lucha tan crüel...
y si lágrimas por él
he de verter, que lo ignore;
pues si olvido tiende el velo
al amor que en él se encierra,
volviendo á amar en la tierra
ofende á un ángel del cielo.—
¿Y Cárlos!.. Amor juró
con torpe lábio... ¡mentia!
Yo juré que le amaría....
mas no puedo amarle, no!
¡No hay dolor que así taladre,
Vírjen santa, el corazon!
Perdon, mi padre, perdon!...

ESCENA II.

ANGELA.—D.ª CÁRMEN.

D.ª CÁRMEN Hija de mi alma!..
ANGELA. ¡Madre!
D.ª CÁRMEN ¿No ves, Angela, en la aurora

de tu vida horas serenas?
¿Nada mitiga tus penas?

ANGELA Solo el llanto.

D.ª CÁRMEN Llora, llora;
y á tu madre la dirás
los males que te atormentan,
que si las penas se cuentan
son medias penas no mas.
Tras el pesar mas profundo
suele renacer la calma...

ANGELA. ¡Ay! Los dolores del alma
nada los calma en el mundo!

D.ª CÁRMEN No digas eso, hija mia.
Cuando á tu padre perdí,
desconsolada hallé en tí
un bálsamo á mi agonia;
pues desde que quiso Dios
darme para mi consuelo
dos hijos, vivir anhelo
tan solo para los dos.
Por su bien siempre procuro
con noble desinterés,
que el amor de madre es,
no egoismo, afecto puro.
Sois el mas preciado bien
del materno corazon,
que *espejos los hijos son*
donde las madres se ven.— (1)
Mas callando no destruyas
el corazon que padece...
tus alegrias son tuyas:
tu llanto me pertenece.

ANGELA. Me consuela tu mirada
y enjuga tu amor mí llanto;
pero padezco yo tanto!..
Soy, madre, tan desdichada!..

D.ª CÁRMEN Esclavo haz por un momento
de la mente al corazon
y vencerás tu pasion...

ANGELA. Si me mata el pensamiento:
si no encuentro en mi dolor

(1) Antonio de Trueba.

nada ya que me sonria...
si estoy loca, madre mia!

D.ª CÁRMEN ¿Quién causa tu pena?

ANGELA. ¡Amor!

D.ª CÁRMEN ¡Qué oigo! Otra pasion quizás
alimentas en tu pecho!..

ANGELA. Pero un lazo ante Dios hecho
no se desata jamás.

D.ª CÁRMEN Tú no puedes renunciar
á ser de Cárlos.

ANGELA. Lo sé:
que le amaria juré;
mas nunca le podré amar.
Y es mayor mi desventura
y me contemplo infelice,
porque oigo una voz que dice:
«tu no puedes sér perjura!..»

D.ª CÁRMEN Cese esa melancolía
que tu corazon devora:
el alma cuanto mas llora,
más llanto verter ansía.

ANGELA. Lucharé con mi pasion
y al corazon venceré:
si: á mi pesar yo sabré
dominarte, corazon.
Por fortuna el que mi lloro
es causa de que no acabe,
que le idolatro no sabe,
no sabe cuánto le adoro!

D.ª CARMEN Pues bien, Angela: recobra
la tranquilidad perdida.

ANGELA. No temas, madre querida;
que aunque corazon me sobra,
me siento yo á la verdad
para vencerlo en la lucha,
muy animada, que es mucha
mi fuerza de voluntad.
Ha nacido mi pasion
de una ilusion pasajera:
para que esta pasion muera
destruïré la ilusion.

D.ª CARMEN —El jardin sus primorosas
(Asomando á la ventana.)

galas está al sol mostrando
y su perfume aspirando
mil pintadas mariposas.

ANGELA. Bajemos. Cuando vendrá
Fernando, he de darle aquel
hermosísimo clavel
que entre violetas está. (Señalando el jardin.)
Vamos á cojerlo?

D.ª CÁRMEN Si;
mas no aspires el aliento
de las flores, porque el viento
tendria celos de tí.
(Vánse apoyadas por el fondo.)

ESCENA III.

ROSA.

Señorita... señorita...
No está aquí!. He visto á su hermano
que cruzaba el olivar
á escape con su caballo.
Desde la ventana.]
¡Cómo corre el animal!
Atrás deja los naranjos...
Antonio ha abierto la verja...
Se apea... ya está en el patio...
ya sube... ya...

ESCENA IV.

ROSA.—FERNANDO.

FERNANDO. Rosa, á Dios.
ROSA. Señorito don Fernando...
FERNANDO. Angelita y mamá? (Preguntando.)
ROSA. Véalas (Mirando por la ventana.
usted. Al jardin bajaron.
Avisaré...
FERNANDO. No: no avises.—

Dime tú...

ROSA. ¿Quiere usted algo?

FERNANDO. Durante tu permanencia
en la alquería, ¿has notado
si á mi hermana la consume
honda tristeza?

ROSA. Es muy raro,
señorito, el dia que yo
no la sorprenda llorando.

FERNANDO. Tu sabrás, segun supongo,
de dónde nace aquel llanto.
Tú lo sabrás ¿no es verdad?

ROSA. No lo he de saber?... Es claro.—
Me lo ha contado ella todo.

FERNANDO. Si, eh?

ROSA. Todo, de cabo á rabo.
Mas como enseguida dicen
que una es un papagayo...
y los amos nos maltratan...
que al fin y al cabo son amos...
no me atrevo á declararle
lo que á mi se me ha confiado.

FERNANDO. Ya sabes que si discreta
eres, yo soy reservado.—
Con que dime...

ROSA. Empiezo pues.
Hará cosa de cuatro años
vino aqui la señorita
á pasar todo el verano
como ahora, con su madre;
y una noche el dulce canto
despertó á la tierna jóven
de un galan enamorado;
dejando en su corazon
un sentimiento tan grato,
que las noches aguardaba
como á la aurora los pájaros.
Sus cantos enviaba al cielo
el mancebo... pero en vano!...
se quedaban en la tierra
no perdidos, no: guardados,
porque ella los recojia
en su seno puro y casto,

como recojen las flores
el rocio aljofarado.
Terminada la estacion
calurosa, abandonaron
esta nevada alquería
delicia de todo el campo.
Mas puede tanto el amor,
una pasion puede tanto,
que siempre creia ver
la señorita este prado
en la casa de Madrid,
y al doncel enamorado
se imaginaba escucharle
debajo de esos naranjos
como entonces. Dias, meses
y años tambien pasaron,
mas no el amor de la niña.
Su amigo de usted, don Cárlos,
há tiempo que la enamora...
pero ella no le hizo caso
hasta el dia que la habló
de amores perdidos... Claro...
¿qué creyó la señorita?...
que era el otro y...—Aquí acabo:
lo demas lo sabe usted
tan bien como yo.—Me marcho
á la cocina.

FERNANDO. Bien: cuenta,
Rosa, con un convidado.

ROSA. Un convidado!.. Ya entiendo!..
[Ap. yéndose.]
pues!.. se interesa el hermano
por....—A saberlo de cierto,
veneno echaba en su plato. (Váse.)

ESCENA V.

FERNANDO.

Mi pobre hermana, tan jóven
víctima de una pasion...
Que la paz del corazon

asi las pasiones roben !
Y en su completo delirio
bendicen el amor, almas
que juntan al fin las palmas
con la palma del martirio !..

ESCENA VI.

FERNANDO.—ANGELA.—D.ª CARMEN.

ANGELA. Fernando !... (Abrazándole.)
D.ª CÁRMEN ¡ Hijo mio !
FERNANDO. Al fin...
ya estaba yo deseando....
ANGELA. Toma este ramo, Fernando,
de mi arabesco jardin.
FERNANDO. Precioso es : ¡ qué divinas
(Tomando el ramo.)
flores !
ANGELA. Al ir á cojerlas
habia en mi mano perlas
y al arrancarlas, espinas.
FERNANDO. Pues si es símbolo la flor
del amor, hermana mia,
desconfia, desconfia
de los juegos del amor.
ANGELA. ¡ Oh !... si !
D.ª CARMEN (A Fernando.) Te has desayunado ?
FERNANDO. Si : en la amable compañia
de mi idolatrada tia,
á la cual he visitado.
Almorcé : me despedí
y en el portal encontré
á un amigo : le invité
á comer...
D ª CÁRMEN. Y vendrá ?
FERNANDO. Si.
Cierto asunto le impedia
acompañarme, mas yo
sé que vendrá, pues me dió
palabra de que vendria.
ANGELA. ¡ Dios piadoso! ¿ Si será !... (ap.)

FERNANDO. ¿Qué tienes, hermana mia?
D.ª CARMEN Siempre esa melancolía...
ANGELA. No... te equivocas, mamá.
(Disimulando su tristeza.)
FERNANDO. No te complace quizás (á Angela.)
que venga tu hermano á verte?...—
Quisiera saber quererte
de lo que te quiero, mas.
Cuando veo á una muger
en belleza y atractivo
rica, recuerdo que vivo
tan solo para querer
á dos séres que me adoran
y que en mis ojos se miran;
pues si suspiro, suspiran,
y si lloro tambien lloran.
El mundo murmurador,
esos que cariño venden,
no conocen, no comprenden
tan inmaculado amor.
Desconocida pasion
del hombre escéptico... sábio,
con la mentira en el lábio,
sin nada en el corazon!
Solamente marcha en pos
de esa pasion tan desnuda
de egoismo, el que no duda
de la ecsistencia de Dios.
D.ª CARMEN Tanta virtud te asegura
el cariño de tu madre...
FERNANDO. Enseñómela mi padre
bajando á la sepultura.—
Propongo para pasar
estas calurosas horas,
del mejor modo, señoras,
las bellezar admirar
de este album. Que sonrias (á Ang.)
(Tomando el album que al entrar dejó sobre la mesa.)
espero yo cuando pises
este verjel. ¡Que paises!
¡Qué preciosas poesias!
(Leyendo.) «Si el corazon es altar
y el amor adoracion,

préstame tu corazon
porque te quiero adorar.»—
De Gutierrez... ¡ Qué dulzura
encierra este pensamiento!
¡ Qué espresion !...

D.ª CÁRMEN ¡Qué sentimiento!

ANGELA. ¡ Cuanto amor ! ¡ Cuanta ternura !

FERNANDO ¡ Bello pais !
(Mirando otra hoja del album.)

D.ª CÁRMEN ¡ Qué aguas !

ANGELA. Te mojas...

FERNANDO. Ganas de beber me dan.—
Mira el céfiro galan
esconderse entre las hojas.

ESCENA VII.

Los mismos.—ROSA.

ROSA. La comision está abajo (á D.ª Cármen.)
esperando á usted, señora,
dispuesta ya á recoger
por el pueblo la limosna
para los pobres. (vase.)

FERNANDO. (á D.ª Cármen.) ¿ Te vas ?

D.ª CÁRMEN Una ocupacion honrosa,
—porque siempre, hijos queridos,
el bien que hacemos nos honra,—
me precisa á abandonaros
un momento.

ANGELA. Son preciosas
las horas que se dedican
á hacer, madre, buenas obras.

D.ª CÁRMEN Espejo la caridad
es de la misericordia
infinita de Dios.

FERNANDO. Quiero
acompañarte.

D.ª CARMEN Gozosa
la mision que me confian
cumpliré á tu lado.

FERNANDO. Sola

quedas, Angela?

Angela. Me agrada
la soledad, que si estorba
algo el pensamiento es
de Dios la invisible sombra.

(Vánse Fernando y doña Cármen por el fondo.)

ESCENA VIII.

ANGELA.

[Desde la ventana.]

Agita tus alas, viento
que entre las flores reposas
y tráeme los suspiros
del que vive en mi memoria.
Nubecillas de topacio,
del cielo preciada joya,
si llevais algun mensaje
á la que su amor me roba,
decidla todas mis penas
y mis desventuras todas.

(Pausa.)

ESCENA IX.

ANGELA.—CARLOS.—ROSA.

Rosa. Entre usted. (ap. á Cár. desde la puerta)

Cárlos. (ap.) Apenas puedo
sostenerme...—¡Cuán hermosa!

[Vase Rosa.]

Angela. ¡Cárlos!

[Viéndole al separarse de la ventana.]

Cárlos. ¡Angela! Fatal
dolencia habia impedido
ver su rostro celestial
hasta ahora que ha vencido
el corazon á mi mal.
Hasta ahora que en el lecho
lloré en lágrimas deshecho!...—
Mas ante el mal no me postro

aunque grande, pues mi rostro
retrata el dolor del pecho.
Que ¡ ay de aquel que vé pasar
horas de lágrimas llenas
sin poderlas derramar !..
y ¡ ay del que vive entre penas
y no las puede contar !!..
A recobrar la salud
yo vine aquí... al pueblo mismo,
eden de mi juventud,
dó hay la pila del bautismo
y habrá tambien mi ataud !—
Me levanté esta mañana
la brisa pura á gozar
y la ví en esa ventana,
de las flores soberana
sus estados contemplar.
Desde el dia que encontré
al que rival mio fué,
perdido el sosiego ví :
mas si lo idolatra usté,
amor me ha jurado á mí,
y fija en el pensamiento
esta seductora idea,
halla alivio mi tormento,
que aunque grande el amor sea
es sagrado un juramento.
Sé que el amor nada escucha,
que no vence el corazon
á una pasion porque es mucha
la fuerza de una pasion;
pero vencerá en la lucha.
Tiene amor mucho poder
y es difícil que se mande
dejándose obedecer;
mas yo no puedo ceder
porque mi pasion es grande.—
Hable usted : deme la palma
que mi pecho necesita
y renacerá la calma...
Bendita esa alma, bendita,
si la paz devuelve á mi alma.

ANGELA. Tienda usted una mirada

y mitigue sus dolores
ver que amo sin ser amada...
que vivo desesperada
por respeto á unos amores.
Si amaba usté á la muger
que tanto César amó,
si adoraba usté á aquel sér,
no puede otra vez querer...—
no puede quererme, no.
Si profesaban unidos
amor á un ángel, en pos
vayan de él, que bendecidos
son los *amores perdidos*
en la presencia de Dios.

CÁRLOS. Es que quizás el Señor
al quitarme la ventura
compadeció mi dolor,
porque usté es la imágen pura
de la imágen de mi amor.
Y ¿cómo dudar podria
de un pecho firme y seguro;
de la que juró ser mia?...

ANGELA. Cárlos: dije un sí perjuro
porque su labio mentia.

CÁRLOS. Mentir mi labio!.. No, á fé:
rechazo tan torpe agravio.

ANGELA. Pues su primer amor fué
fingido. No ha amado usté,
ó si amó mintió su labio.
La imágen de amor primera
grábase en el corazon,
y usted no guarda siquiera
memoria de la que espera
en la celestial mansion.

CÁRLOS. Pero si jamás fuí amado
de la que yo amaba un dia;
si en mi paso se ponia
el rival afortunado
que hoy causa la pena mia;
si mi suerte es tan fatal;
si quiere en fin el destino
tan solo para mi mal
que en mitad de mi camino

se aparezca ese rival,
¿ qué me resta ya que hacer !...
renunciar á la ventura
porque fué tambien perjura
la mas cándida muger,
la mas bella criatura !...

ANGELA. ¡ Ah !

CÁRLOS. Muera en mi ese deseo
de amor, que en tan cruda guerra
tiene al corazon !... No veo
nada hermoso !.. En nada creo
de cuanto encierra la tierra !...

ANGELA. Cárlos, usted no comprende
[Movimiento de Cárlos]
qué es amor... No puede ser;
imposible. A la mujer
querida no se la ofende,
y usted me supo ofender.
Si amado por mi ser piensa,
á esa idea renunciar
debe: de tal recompensa
no es digno quien tal ofensa
acaba de pronunciar.
(Ap.) Lucha, pobre, corazon;
no desmayes en la lucha...
Si perjura fuí, perdon,
Dios, que tu clemencia es mucha
y mucha tu compasion!

CÁRLOS. Con que usted, Angela, quiso
enseñarme un paraiso
de bellas flores cubierto
y lanzarme en el desierto
donde solo abrojos piso!

ANGELA. Prescindamos un momento
de que le amase... engañada:
¿ cumpliera yo el juramento
quizás, viéndome casada
con usted ? No. Si consiento
que me conduzca al altar,
la desdicha de los dos
labro, pues no puedo amar
á nadie... Asi he de faltar
de todos modos á Dios.

Hablo con sinceridad,
Cárlos; esta es la verdad.

CÁRLOS. Es decir, que en vano espero...

ANGELA. Si, en vano, porque no quiero
labrar su infelicidad.
Seria este casamiento
la desgracia de los dos;
y abrigo el convencimiento
de que al evitarla, Dios
absuelva mi juramento.

CÁRLOS. Conque ese premio merece
quién vé su felicidad
destruida y desfallece
amando!...

ANGELA. Mucho le ofrece
quien le ofrece su amistad.

CÁRLOS. ¡Ay! Ese amor fué un acento
que en mi alma resonó!..
perdida voz en el viento
que despertó el sentimiento
y el viento se la llevó!..

ANGELA. ¡Cuánto sufro! (ap.)

CÁRLOS. ¡Angela!

ANGELA. (separándose.) Adios.

CÁRLOS. No mas mi pecho taladre,
que voy de la muerte en pos!—
Hay un lazo hecho ante Dios
y la sombra de tu padre!

ANGELA. (Deteniéndose.)
¡Ah! Mi padre! Padre mio,
perdona, si el labio impio
te pudo ofender quizá!

CÁRLOS. Mi vida á tu amor yo fio...

ANGELA. Cárlos, sí... (vacilando.)

[Cárlos vá á besar la mano de Angela pero ella la retira al oir á Rosa.]

ESCENA X.

Los mismos.—ROSA.—CESAR.

ROSA. (Anunciando) Don César. (váse.)

ANGELA Y CÁRLOS. ¡ Ah ! !
CÁRLOS. Me amas, Angela ? (ap. á Angela.)
ANGELA. (ap. á Car.) No puedo
amarte aunque quiera yo !
CÉSAR. Señorita... Caballero... (Saludando.)
ANGELA. (No me vendas, corazon !)
CÁRLOS. (Ella le ama !.. ¡ El lo ignora !)
CÉSAR. (¡ Los dos se quieren !.. Los dos !..
[Pausa.]
—Está usted mas alviada (A Angela.)
desde que á Madrid dejó ?
ANGELA. Si... mejor me siento : gracias.
CÉSAR. Tambien está usted mejor, (á Cár.)
á juzgar por el semblante,
desde que le vi...
CÁRLOS. Lo estoy.
CÉSAR. Con sus auras y sus flores,
con sus noches y su sol,
dá el campo la vida al alma
en la florida estacion.
Cada hoja es un recuerdo,
un suspiro cada flor,
y es la luna fiel amiga
del amante corazon.
Alguna vez con sus rayos
mis lágrimas enjugó,
y el céfiro despertaba
mitigando mi dolor.
Los naranjos de esa ermita
testigos de mi mal son,
que á poder hablar, ¡ lloráran
contando lo que pasó !!..
Acuden á mi memoria
mil recuerdos en monton,
que no se borran del alma
las huellas que deja amor.
Mas ¡ qué mucho que no olvide
si en su rostro veo yo
la imágen de la zagala
cárcel de mi corazon !
Creo que á su sepultura,
dolido de mi dolor,
Dios bajó á darla la vida

y me la devuelve Dios!

ANGELA. Me voy, que sino me vendo. (Ap.)

CARLOS. ¡Cuánto le adora! (Ap.)

CESAR. Salió
Fernando, segun me ha dicho
la muchacha.

ANGELA. Se fué con
mamá, pero ya muy pronto
estarán de vuelta... Voy...
con... el permiso de ustedes...

CARLOS. Señorita...

CESAR. Usted puede...

ANGELA. (Ap. yéndose.) ¡Oh!
Creo que han dicho mis ojos
lo que calla el corazon!
[Váse por la izquierda.]

ESCENA XI.

CÁRLOS. — CÉSAR.

CESAR. Encantadora muger.
Dichoso quien la posea.
Su rostro—espejo del alma—
dice cuánto su alma es bella.

CARLOS. Usted la ama, caballero?

CESAR. No estrañe que me sorprenda
tal pregunta.

CARLOS. ¿Le sorprende?

CESAR. Si, me sorprende, de veras;
pues si acaso yo la amase
se lo diria yo á ella.
No obstante; quiero decirle
con mi familiar franqueza,
que no me es indiferente
esa muger, pues despierta
en mi corazon dulcísimos
sentimientos su presencia.
Bien puedo jurar á usté
que á este pueblo no viniera,
si la amistad que á Fernando

profeso no fuese cierta;
mas como será muy corta
en Madrid mi permanencia,
accedí á su ruego y vengo
hoy á comer.

CÁRLOS. Estrañeza
me causa que no conozca
á quien le habla, don César.

CESAR. No recuerdo...

CÁRLOS Soy el hombre
mas infeliz de la tierra,
pues que ni la dicha tuve
viéndome la muerte cerca,
que la vida me quitase
el que hoy sin vida me deja!

CESAR. ¡Valparaiso! (Reconociéndole.)

CARLOS. El mismo soy,
que una noche en esta aldea
öí decir á la que amaba:
«ó tuya ó del cielo, César.»
[Angela aparece en la puerta.]
Mi dicha en ella veia;
vivia loco por ella
y la pérfida!...

CÉSAR. ¡Don Cárlos!
Respete usté á la que muerta
para el mundo con Dios vive!

CÁRLOS. Es que usted ahora en
mi camino se presenta
como entonces y el amor
me arrebata...

CÉSAR. A tal ofensa
solo debo contestarle
que refrene usted la lengua,
ó de lo contrario haré!...

CÁRLOS. ¡Nunca!

CÉSAR. ¡Don Cárlos!

CÁRLOS. ¡Don César!

CÉSAR. Si yo á esa muger amase,
si ella me correspondiera...

CÁRLOS. Ya sabe usted que le ama!

CÉSAR. ¿Me ama! Bendita sea!

ESCENA XII.

Los mismos. ANGELA.—D.ª CÁRMEN.—FERNANDO.

CÁRLOS. ¡ Dios ! (Viendo á Angela.)
ANGELA. ¡Me ama! (Cae desmayada en un sillon.)
FERNANDO. ¡ Cárlos !
D.ª CÁRMEN ¡ Hija !
CÉSAR. ¡ Oh ! Me amaba ! (ap.)
CÁRLOS. [ap.] ¡ Cielos !.. ¡Muerta!

[D.ª Cármen y Fernando rodean á Angela desmayada. —César la contempla con ternura intima.—Cárlos queda inmóvil.]

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del anterior.

ESCENA I.

ROSA.

(Asomada á la ventana.

Adios, Juan; el domingo
ves á la ermita,
que allí estaré yo apenas
despunte el dia;
porque me encanta
oir misa cuando asoma
la luz del alba.
Si aguardarme te toca
no desesperes,
que el que impaciente vive
pronto se muere
y al fin y al cabo
vale mas morir tarde
que no temprano.

6

Al salir de la ermita
iremos juntos
á beber de aquella agua
que cura á muchos,
porque me siento
bastante mala desde
que no la bebo.
Despachar los papeles
pronto procura,
que si á veces mas vale
tarde que nunca,
tambien, Juan, suele
el candil apagarse
faltando aceite.
Adios; hasta el domingo
temprano y piensa
que no quiero dos meses
vivir soltera;
que me consumo
y...—Ya te lo diré cuando
vayamos juntos.
El domingo que viene
contigo á solas
sin testigos que escuchen
nuestras sabrosas
palabras, juro
que te casas conmigo
ó te estrangulo.

ESCENA II.

ROSA.—CÉSAR.

CÉSAR. Adios, Rosa.
ROSA. ¿Hola, don César?
CÉSAR. ¿Cómo está la señorita?
ROSA. Muy sosegada. Tan solo
reina esa melancolía
en ella, que no la deja
hace muchísimos dias.
Pero se cura ese mal

sin doctor y sin botica,
y mal que lo cura el cura
estar curado debia.
Tambien yo, señor don César,
padezco por mi desdicha
el mismo mal. Hace un año
que no parezco la misma,
esperando resignada...—
Pero ya estoy decidida:
ó se casa Juan conmigo
en pasando la canícula
ó mientras viva se acuerda
de quien es Rosa García.

CÉSAR. Y don Fernando?

ROSA. No sé
si salió. Si le precisa
saberlo, con su permiso
voy á ver... (la señorita.)

ESCENA III.

CESAR.

Es en mí vana porfia
olvidar esta pasion,
pues mi razon se estravía
á impulsos del corazon.
Mas yo debo renunciar
á su cariño? No sé
si posible es olvidar
la imágen de la que amé.
A toda costa yo anhelo
que el amor que en mí se encierra
vague perdido en el cielo,
desconocido en la tierra.
Si vá el pensamiento en pos
de Angela, se me figura
ver, Margarita, que Dios
descendió á tu sepultura
y la existencia perdida,
bendiciendo nuestro amor,
te ha devuelto, que es la vida

el aliento del Señor.
El dia que yo te ví
en mis brazos espirar,
me dijiste: « mira; allí
nos volveremos á amar... »
Y en mi corazon podria
dar cabida á otra pasion?...
No; jamás: antes haria
pedazos el corazon.—
Pobre niña! Destruida
tal vez la ilusion primera,
al asomar de su vida
la florida primavera,
perezca!... El alma me parte
tal desdicha en mi memoria...
Yo no debo amarla... al arte
me he consagrado, á la gloria;
que el sér que al artista inspira
y en pos de la gloria vá,
agradecido le mira
desde el cielo donde está.
Si, Angela... Debe haber
un abismo entre los dos
antes que perjuros sér
en la presencia de Dios.—
Que ya las dichas le roben
al ir la aroma á aspirar
de la vida... Mas es jóven
y es muger... Podrá olvidar.—
Pobre Cárlos!.. La violencia
de esa infelice pasion,
que arrebata su ecsistencia
presiente mi corazon.
Por una muger querida
es posible que sucumba?—
Quien puede darle la vida
no debe abrirle una tumba.

ESCENA IV.

CÉSAR.—CÁRLOS.

CÉSAR. Valparaiso! (Ap.) En que estado!

CÁRLOS. ¿ Usted aqui ?
CÉSAR. Desde ayer
tarde que de esta alquería
disgustado me ausenté
y pasé la noche en casa
de un amigo honrado y fiel
que con su sabrosa plática
recordó nuestra niñez.
CÁRLOS. A saber de Angela vine...
CÉSAR. A eso vine yo tambien.
CÁRLOS. Dicen que sigue aliviada.
CÉSAR. Solo un accidente fué.—
Y ¿ usted , Cárlos ?..
CÁRLOS. A este pueblo
vine por restablecer
mi salud , mas la desgracia
trocó mi mas bello eden
en un infierno , don César ,
donde al fin sucumbiré.
CÉSAR. La esperanza es un consuelo...
CÁRLOS. Mas ya no le puede haber
para el triste corazon
que en torno suyo no vé
nada ya que le sonria
sino la muerte...
CÉSAR. Tal vez
sea usted feliz aun.
CÁRLOS. Yo ya no lo puedo ser.
Solo una esperanza abriga
mi pecho , amigo.
CÉSAR. Cuál es ?
CÁRLOS. Que hay un médico de fama
en Madrid que devolver
podrá la salud perdida
al pobre enfermo , porqué
no sufriendo ya el espíritu ,
mi mal fisico no es
grave.
CÉSAR. No.
CÁRLOS. Impaciente aguardo
al célebre doctor.
CÉSAR. ¿ Si ?
CÁRLOS. (Ap.) Él.

tambien sufre !

CÉSAR. Renunciar
á ese amor no debe usted,
Valparaiso.

CÁRLOS. ¿ Que no ?
La triste escena de ayer
es bastante, para...

CÉSAR. Cárlos :
el alma de esa muger
que usted ama, es un precioso
tesoro de candidez,
riquísimo manantial,
semilla de eterno bien.
El amor que hoy vive en ella
solo un amor ideal fué ;
aroma que se evapora
al aspirar del primer
amor la flor nacarada
encanto de nuestro sér.
El bien que soñó la mente
no siendo aquel dulce bien
que el alma atesora, Cárlos,
se suele desvanecer.
(Angela aparece en la puerta.)
Yo vivo feliz amando
á quien juré eterna fé,
que el juramento es un lazo
que no se puede romper.
Es una deuda sagrada
que el Señor, Supremo Juez,
al mortal que la contrae
condena á satisfacer.

CÁRLOS. Es verdad.

CÉSAR. El corazon
de esa jóven es de usted...
ella le amará... no dude...
(Viendo á Angela.)
quizás le ame ya... (¡ Ella es !)

CÁRLOS. Tan bienhechora palabra
(Sin ver á Angela.)
la vida me vuelve !

CÉSAR. (Ap. mirándola.) ¿ Quién
no la amará si es tan bella

la imájen de la que amé!
Sufre corazon! No debo
pensar en esa muger
un momento, que en el cielo
hay un ángel que me vé
y ofenderle yo no puedo;
yo no le debo ofender!...

ESCENA V.

Los mismos.—ANGELA.

ANGELA. Valparaiso... D. César...
CÁRLOS. Señorita. .
CÉSAR. Sigue usted
mas aliviada?
ANGELA. Sí: gracias.
Desde que á Madrid dejé
renunciando á oir de Bellini
el intérprete mas fiel,
me encuentro mejor.—Y dicen
los periódicos que usted
vuelve al estrangero...
CÉSAR. Cierto:
ha terminado aqui el mes
de mi compromiso y dejo
la España segunda vez,
mi queridísima patria,
resuelto ya á no volver.
ANGELA. (Se vá: corazon, alienta!)
CÁRLOS. (¡Se vá! Dios, inspirale!)
CÉSAR. (Me marcho de aqui.)—Y Fernando?
ANGELA Cuando acabó de comer
dijo que salia en busca
de un amigo íntimo.
CÉSAR. Pues
yo con su permiso, voy
á ver si daré con él.
Señorita... adios.
ANGELA. Adios.
CÉSAR. Valparaiso; ya no dé (Ap. á Cár)
mas tormento al corazon

porque le ama esta muger.

CÁRLOS. ¡Amigo! (Estrechando la mano de César, á quien acompaña hasta la puerta.)

CÉSAR. Ya de la dicha
en el umbral está usted.. —
(El será feliz aun!
Yo ya no lo puedo ser!) (Váse.)

ESCENA VI.

ANGELA.—CÁRLOS.

ANGELA. (Ap.) Corazon, llegó el momento
que de tí he menester!..
César lo ha dicho... aun le siento...
«Es un lazo el juramento
que no se puede romper.»

(Está espirando la luz del dia. Cárlos contempla los últimos rayos del sol que bañan la ventana. Pausa.)

CÁRLOS. Qué dulce melancolía
del corazon dolorido
brota, al espirar el dia,
cuando el ruiseñor rendido
su canto postrero envía.
Muy tristes quedan los prados,
y en los picos elevados
de aquellos montes desiertos
por las nubes coronados,
fulgura «el sol de los muertos.»
Como hácia el ocaso avanza,
su luz divina no alcanza
á besar la flor de mayo...—
Tal vez sea el postrer rayo
que ilumine mi esperanza!
En tanto las aves juran
amor del céfiro en pós
y constancia se aseguran,
bosques y lagos murmuran
quizás el último adios!..
Las nubecillas de oro
que el campanario sonoro
coronan, acaso son
mensageras de un «te adoro

con todo mi corazon.»
Palabra tan bienhechora
escrita en el cielo está.

ANGELA. Y en el alma del que adora.

CÁRLOS. Bien fugaz que se evapora
cuando á alcanzársele vá.
Es un sueño la ventura,
pues nunca á gozar se alcanza,
y la esperanza es locura.

ANGELA. Para el que espera fulgura
la estrella de la esperanza.

CÁRLOS. La esperanza! Ya no intento
que ella alhague el pensamiento,
pues por premio á mi pasion,
un mentido juramento
desgarró mi corazon.

ANGELA. Sin la esperanza querida
que la vida, Cárlos, dá,
¿qué será entonces la vida?

CÁRLOS. Ya la ilusion destruida,
nada la vida será.

ANGELA. ¡Oh!

(Pausa. Angela contempla á Cárlos dominado por una profunda tristeza.)

En que piensa usted? ¿En quien?..

CÁRLOS. Recuerdo el pasado bien
que en el mundo un paraiso
me mostró... ¡ya no diviso
aquel delicioso eden!
Recuerdos de un bien pasado
que hoy traen á mi memoria
la selva, el bosque y el prado,
donde han las auras contado
cierta peregrina historia.
Mi felicidad fué suma;
venturosa creí mi estrella,
cuando en la casita aquella
tan blanca como la espuma
conocí á una niña bella.
Mas yo, insensato! creí
poseer su corazon...
pero al instante perdí
la esperanza, porque vi

destruida la ilusion !

ANGELA. No : el corazon y el deber
lucharon con fuerza insana
y el deber llegó á vencer,
porque la muger cristiana
no puede perjura ser.

CÁRLOS. ¡ Tanta ventura !—Mas no :
tu mano no he de aceptar,
que llevándote al altar
labro la desdicha yo
de quien tanto supo amar.
Hay un poder sobrehumano
que admitir tal galardon
me impide.

ANGELA. ¡ Oh !

CÁRLOS. Angela, es llano
que estreche tu blanca mano
quien posee tu corazon.

ANGELA. ¿ Lo que usté ha jurado olvida?

CÁRLOS. Jamás ! Angela querida,
te amaré hasta que sucumba,
que en la aurora de mi vida
ya veo abierta la tumba.

ANGELA. ¡ Morir ! Eso no !

CÁRLOS. ¿ Porqué ?..

ANGELA. Porque ha de cumplir usté
como yo lo que juró...
Una voz me lo dictó,
Cárlos, y lo cumpliré.

CÁRLOS. Angela, por compasion !...
No mas mi pecho taladre
un bien mentido !.. No son
las dichas para mí.

ANGELA. (Viendo á D.ª Cármen.) ¡ Madre !

ESCENA VII.

Los mismos.—D.ª CÁRMEN.

D.ª CÁRMEN. Hija de mi corazon.
Todo, todo lo escuché
y no hay nada que te aflija.

Sé que usted ama á mi hija (A Cárlos.)
y tu juramento sé. (A Angela.)
Mitiga, pues, tu quebranto
y cese ya ese gemir,
que al fin lo debes cumplir
porque un juramento es santo.
Mas antes debe saber
el señor, hija adorada,
que es una deuda sagrada
la que vais á contraer:
que si es un lazo ya hecho
en la presencia de Dios,
cuando pronuncieis los dos
el sí, será aun mas estrecho.
Esto, Cárlos, saber debe:
tal enlace me complace:
ahora falta que este enlace
su señor padrino apruebe.
Si él dá su consentimiento
entonces podrá casarlos;
pero si se niega, Cárlos,
yo tampoco lo consiento.

CÁRLOS. Mi tio abrirá los brazos
á la muger que yo adoro.

D.ª CARMEN Entonces sin mi tesoro (Ap.)
mi pecho se hará pedazos.

ANGELA. Madre!

CÁRLOS. Tú das la salud (A Angela.)
que ya lloraba perdida...
tú me devuelves la vida,
ángel de amor y virtud.
No cabe mi corazon
en el pecho.—Pronto fio
(A D.ª Cármen.)
que sabrá usted de mi tio
cual es la resolucion;
pues le escribí que cada hora
mi mal aqui se agravaba
y por lo tanto esperaba
que vendria en breve. Ahora
al doctor, su amigo fiel,
que solicité en mi escrito,
creo no le necesito;

solo necesito de él
para que me dé enseguida
su consentimiento y
podrá devolverme así
la paz, la salud, la vida.

D.ª CÁRMEN Cárlos, si asi es, yo fio
que usted tal dicha comparta
con mi Angela.

ESCENA VIII.

Los mismos.—ROSA.

ROSA. Esta carta
para usted. (La dá á Cárlos.)

CÁRLOS. (Viendo el sobre.) Es de mi tio!
(Cárlos abre la carta y lee con afan su contenido.)

ROSA. Con que al fin usted se casa,
(Ap á Angela.)
señorita? ¡Qué fortuna!
Yo que aun no tengo ninguna
esperanza!... En tanto pasa
el humor, la juventud,
se marchita la hermosura
y perdida la salud
vamos á la sepultura.

ANGELA. Un triste presentimiento
el alma mia acongoja! (Ap. á Rosa.)

ROSA. (Ap.) Ya la tardanza le enoja
del dichoso casamiento.
—Mire usted que es triste cosa
ver como los años pasan
y que las niñas se casan
y nunca la pobre Rosa.
Pero ya me desengaño
que es la suerte y nada mas...
Yo soy guapa y ademas
rosa soy de todo el año;
mas Juan que es la mariposa
de este precioso jardin
jamas dá á mis ansias fin

llevándose de él la rosa.

CARLOS. Vea usted. Mi tio apoya
(Mostrando á D.ª Cármen la carta.)
este enlace.

ROSA. (Ap. yéndose.) El tiene facha
de difunto. La muchacha...
ella sí que es una joya. (Vase.)

ESCENA IX.

Los mismos, menos ROSA.

CÁRLOS. (Lee la carta.)
«Cárlos: el mal que devora
tu pecho no es otro mal
que una pasion violenta
muy natural á tu edad.
Si el corazon no se manda,
la fuerza de voluntad
de qué sirve? En ese pueblo
no te restablecerás
sino abrigas la esperanza
de que tu amor premiará
el angel que adoras, conque
no te detengas ahí mas.
Si á tu pasion corresponde,
muy pronto verás tocar
el mal á su término y
la salud recobrarás.
Me alegrára que asi fuese,
porque sé que esa beldad
ha de merecer mi afecto
si no me informaron mal.
Creo por hoy escusado
que te vaya á visitar
mi amigo, porque te espero
mañana y resolverás
al lado de tu buen tio
que te quiere de verdad.»—
Doña Cármen, ya usted vé
cuánto el pobre viejo anhela
mi ventura y se desvela

por mí. Desde que quedé
huérfano me fuí á su lado
sin separarme jamás.
Ya no es posible que mas
mi padre me hubiese amado.
Será inmensa su alegría
cuando me vea gozar
buena salud y cobrar
mi perdida lozanía.
Un risueño porvenir
me espera, señora, ya;
pues la vida Angela dá
á mi penoso existir.
Si el gozo como el pesar
dá la vida y la arrebata;
si la dicha tambien mata,
la dicha me ha de matar.

ANGELA. ¡ Ah ! (Ap.)

D.ª CÁRMEN. Nosotras dejaremos
mañana en cuanto amanezca
esta quinta. Esperaremos,
Cárlos, que se restablezca...

CARLOS. Que será en breve confio.

D.ª CÁRMEN. Y fijaremos el dia
del enlace en compañía
de su respetable tio.
Digo, si como escuché, (A Angela.)
estás tu dispuesta.

ANGELA. Si,
señora: lo prometí
y tambien lo cumpliré.

CARLOS. Ah ! Tan grande conmocion
esperimenté en el alma,
que necesita ahora calma
mi doliente corazon.

D.ª CARMEN. Es tan bella la salud !...
Sacrifiquese por ella.

CÁRLOS. ¡ Oh, si ! Con salud es bella,
señora, la juventud.

ANGELA. Cárlos, le es muy conveniente
el reposo.

CÁRLOS. Seductora
esperanza... Bella aurora

de mi juventud naciente.
Eterna la noche fuera (Ap. á Angela.)
sino tornara hoy á verte.

ANGELA. (Será mi dicha.)

CÁRLOS. (Y mi suerte.)

ANGELA. (Te espero, Cárlos.)

CÁRLOS. (Espera.—
Al cerrar la flor su broche
nace la ventura mia...
¡Cuán bello veré yo el dia
si tan hermosa es la noche!..)—
Señora...

D.ª CARMEN Adios.

CÁRLOS. (Sugetar
quiero el corazon... ¡Locura!
¡Quizás mate la ventura
ya que no mata un pesar!!) (Váse.)

(Angela acompaña á Cárlos hasta la puerta del fondo: luego agita desde la ventana su pañuelo como saludándole. La noche vá cerrando. Momentos de silencio.)

ESCENA X.

D.ª CARMEN.—ANGELA.

D.ª CÁRMEN Hija, ¿ves un venturoso
porvenir en este enlace?

ANGELA. Yo sé que Cárlos me ama
y que es mi deber casarme
con él... Si seré feliz,
tan solo el Señor lo sabe.

D.ª CÁRMEN Será un lazo indisoluble
que no podrá desatarse
en cuanto hayais pronunciado
el sí al pié de los altares;
por lo tanto, hija querida,
debes meditarlo antes,
porque luego ya...

ANGELA. No temas;
lo he meditado bastante.
Si la sombra venerada

de mi padre preguntase
si yo amo á ese hombre, no
sabria qué contestarle.
Madre mia no amo á Cárlos;
pero al recordar que amarle
juré eternamente un dia
ante Dios y ante mi padre,
siento que le amo tanto
que si mi sangre bastase
para darle la salud
vertiera toda mi sangre.

D.ª CÁRMEN Bien!

ANGELA. A ser estoy dispuesta
ó de Cárlos ó de nadie,
y cumpliré mi promesa
si la muerte no llega antes
á destruirla.

D.ª CARMEN Tendrá en cuenta
Dios el sacrificio que haces.

ANGELA. No es sacrificio, porqué
sintiendo estoy por instantes
que le adoro y que mi pecho
por él solamente late.
Hay un poder invencible
en mí que me impulsa á amarle,
y es tan grande este poder,
que temo sea muy grande
mi amor.

D.ª CÁRMEN Cárlos—no lo dudes—
vivirá para adorarte.

ANGELA. Si este enlace se efectua,
no pienses que separarme
pueda de ti y de Fernando.

ESCENA XI.

Las mismas.—FERNANDO.

FERNANDO. ¡Muy bien! ¿Están ocupándose
ustedes de mi? Presumo,
y será lo mas probable,
que os enojó haberme visto

ausente toda la tarde
de vosotras.

D.ª CÁRMEN Nuestro enojo
es fundado.

ANGELA. Adivinaste
la causa.

FERNANDO. Pero yo creo
vais al punto á perdonarme,
porque merece perdon
un delito semejante.
Al pueblo me dirijia,
y al cruzar los olivares
que desde aqui se divisan
ví que venia á mi alcance
numerosa cabalgata.
Eran los que iban delante,
un jóven y una muchacha
encanto de todo el valle,
que envidia á las flores daba
y daba gozo á sus padres.
La muchacha iba divina...—
como quien vá á desposarse
con el que reina tan solo
en su corazon amante.
Llevaba de perlas finas
arracadas y collares,
y si eran bellas las joyas
aun mas bello era el semblante.
Mancebo apuesto y galan
era el dueño de aquel ángel...
tez morena; ojos rasgados,
mas negros que los azabaches.
Sus jacas, cual nieve blancas,
iban cortando los aires,
pues los novios, de seguro,
estaban impacientándose
porque como el pensamiento
no iban los animales.
Era el jóven, Cosme Ruiz,
compañero inseparable
de colegio y vino de una
labradora á enamorarse.
Al verme, esclamó: Fernando,

quiero que tú me acompañes
al desposorio, pues voy
con esta niña á casarme.
Insistí, pero fué en vano,
porque todos empeñáronse
que á aquella campestre fiesta
tenia que acompañarles.
Me uní yo á la comitiva
y á presenciar fuí el enlace
de dos que se han prometido
vivir dichosos amándose.
Hubo merienda despues
debajo de los nogales
y algazara y alegría
y castañuelas y baile.
De modo que *aquel*, beodo,
este, uraño, el *otro*, amable,
todos guardarán memoria
de la boda de esta tarde.

D.ª CÁRMEN No será la última esta,
hijo mio, Dios mediante,
que tú presencies.

FERNANDO. ¿Porqué?

D.ª CÁRMEN Porque pronto vá á casarse
tu hermana.

FERNANDO. Y no te has dignado
hasta ahora participarme
tan feliz nueva? ¿Quién es
el afortunado amante,
dí, que tan precia la joya
ha conseguido robarme?

D.ª CÁRMEN Tú ya debes suponerlo.

FERNANDO. Será... (y si me equivocase?)—
Lo supongo, madre mia,
y creed que me complace
este casamiento, que es
un jóven de cualidades
el jóven... que... la pretende.

D.ª CÁRMEN Si: tú, Fernando, ya sabes
que en la sociedad ocupa
un puesto...

FERNANDO. Si; muy brillante.
(Ap.) ¿Será Cárlos... ó el artista

ú otro el que cuanto antes
conmigo vá á emparentar ?..

D.ª Cármen Tú aprobarás este enlace ?

Fernando. Lo apruebo... ¿ Mas quién dijera
que llegaria á casarse
mi hermana antes que yo fuese
un marido respetable ?

Angela. (Desde que empezó la escena se ha dirijido impaciente á la ventana várias veces.)
(Ap.) La noche ya vá cerrando
y Cárlos no viene ! Parten
mi pobre corazon crueles
presentimientos !.. La tarde
huyó ya... mas de ella en pos
no han huido mis pesares !!
Asomada á la ventana
de mi cuarto , divisarle
mejor podré aunque la noche
es de mi dolor imájen.
¡ Cárlos !.. Cárlos ! ¡ Quien dijera ,
que tanto habia de amarte !! (Váse.)

ESCENA XII.

D.ª CÁRMEN.—FERNANDO.

Fernando. Soltero no sigo mas.

D.ª Carmen ¿ Has perdido la chabeta ?

Fernando. A no ser una coqueta
tendrias nietos quizás.
Víctima fuí de sus tretas ;
mas me llegué á convencer
que no son todas coquetas
porque una lo quiso ser
Como la razon es obvia,
buscar novia resolví...

D.ª Cármen Y encontraste novia ?

Fernando. Si :
una lindísima novia.

D.ª Cármen ¿ Quién es ? (Riéndose.)

Fernando. La tienes en casa ,
que en casa se le hace el plato...

D.ª CÁRMEN Pero estás loco?
FERNANDO. Y la mato
si conmigo no se casa.
D.ª CARMEN Dí: ¿quién es esa doncella
que tu seso trastornó?
¿Quién es ella?
FERNANDO. Solo yo
puedo saber quién es ella.
Cuando esta tarde juntaron
las palmas Cosme y Mariana,
de casar diéronme gana
lo mismo que se casaron.
Mañana á casarme voy,
aunque el pueblo se sorprenda,
por tener una merienda
parecida á la de hoy.
Porque merendar me asombra
tendido en el blando suelo
viendo por techumbre el cielo
y las flores por alfombra.
Se siente un placer estraño
que nos viene á despertar
deseos... de descansar.—
(Sentándose.)
La merienda me hizo daño.
D.ª CARMEN Acuéstate.
ERNANDO. Necesito,
pues su lóbrego capuz
tendió la noche, una luz.
D.ª CÁRMEN Dá esa luz al señorito.
[A Rosa que entra con una luz: váse doña Cármen.]

ESCENA XIII.

FERNANDO.—ROSA.

FERNANDO. Chica... escucha; ven acá...
óyeme.
ROSA. ¿Qué manda usted?
FERNANDO. Tengo sed.
ROSA. Si tiene sed,

beba... agua, que curará.
FERNANDO. Sed de tu amor tengo yo
que mi corazon abrasa.
ROSA. Eso con el tiempo pasa.
FERNANDO. No pasa.
ROSA. Sí pasa.
FERNANDO. No.
ROSA. Sed tenia cierto dia,
pero cuando el agua vió,
sin beber se le pasó...
Digo! La sed que tenia!
De sedientos como usted
yo no me fio bastante,
pues con el agua delante
ya se les quita la sed.
FERNANDO. Si el agua fuese divina
como tu rostro, bebiera...
ROSA. Nada mi cara valiera
sin el agua cristalina.
Asoma el sol por oriente
y el ave á cantar empieza,
cuando baño mi cabeza
en la cristalina fuente.
Tengo una toalla fina
que nunca mi rostro ralla.
FERNANDO. Y enjugas con tu toalla
esa cara alabastrina?
ROSA. Pues.
FERNANDO. ¿No te daña—sé franca—
si helada el agua se siente?
ROSA. Si la nieve cabalmente (Con intencion.)
conserva mi cara blanca.
FERNANDO. Si vas cuando el sol asoma
á la fuente, de tí en pos
iré: hemos de hablar los dos.
ROSA. Señorito... si eso es broma...
FERNANDO. Cifro en ello mi esperanza.
ROSA. Don Fernando, usted... delira.
FERNANDO. Yo te idolatro...
ROSA. Mentira.
FERNANDO. Lo que yo te digo es...
ROSA. Chanza.
FERNANDO. Muchacha, si eres la prenda

que amo yo.

Rosa. No me acomoda.

Fernando. Muy pronto tendremos boda,
música, baile y... merienda.
Con que si quieres, mañana
tempranito nos casamos...

Rosa. Al instante. (Ap.)

Fernando. Y merendamos...
lo que nos dará la gana.

Rosa. ¿Qué dijera su familia,
señorito, si me viera
comer lo que usted quisiera
siendo dia de vigilia?

Fernando. Dame esa luz y verás,
tesoro de las mugeres,
como lo que hoy no quieres
mañana lo desearás.

Rosa. Tome la luz.

Fernando. Vaya... adios.
Tengo un sueño soberano.
Despiértame muy temprano;
tenemos que hablar los dos.
[Váse Rosa.]
[Fernando se dirige á su cuarto: César lo detiene.]

ESCENA XIV.

CÉSAR.—FERNANDO.

Cesar. ¡Fernando!

Fernando. ¿Quién es?

César. (Bajando la voz.) ¡Silencio!...
Soy César... ¿no me conoces?

Fernando Si... te conozco... ¿qué quieres?

César. Sígueme.

Fernando. ¿Qué dices, hombre?
Es imposible.

César. ¿Porqué?

Fernando. Porque tengo... un sueño enorme
y no estoy para paseos
que está muy negra la noche.

CÉSAR. Es poderoso el motivo
y exijo que vengas.

FERNANDO. ¿Dónde?

CÉSAR. Muy cerca de aqui, Fernando.

FERNANDO. Habla.

CESAR. Tu hermana nos oye
y una palabra es posible
que su corazon destroce.

FERNANDO. Duerme.

CESAR. No. Asomada estaba
á la ventana; entrar vióme
y en su corazon sin duda
abriga justos temores.
Ven, Fernando, ven conmigo:..
al amigo no abandones!

FERNANDO. Jesus! Qué pesado estás!
Si no me dejas doy voces
y te sacan los muchachos
que hay en la comarca á golpes;
con que asi dormir me deja
y mi enojo no provoques.

CESAR. ¿De nuestra amistad te olvidas!
Mi cariño desconoces!..
¡Fernando, el que á ti te llama
es un moribundo!... El pobre
[Sorpresa de Fernando.]
Cárlos que se vá del mundo
sin que Fernando le llore!

FERNANDO. ¡Qué dices! ¡César amigo!
¿Quién se muere! ¿Quién! Responde!

CESAR. ¡Cárlos!

FERNANDO. Vámonos á verle...—
Si has muerto, Cárlos, perdóname!
[Vánse.]

ESCENA XV.

ANGELA.—D.ª CARMEN.

ANGELA. ¡Justo cielo! (Al oir las últimas palabras de Fernando.)

D.ª CARMEN (Saliendo.) ¡Hija!

ANGELA. Turbó
la noche callada el viento
llevando un lúgubre acento
que en mi alma resonó!..
No guardan entre sus hojas
los árboles y las flores
suspiros de amor... Dolores
solo quedan y congojas!
El céfiro volador
que antes alhagaba tanto,
lleva, derramando llanto,
un eco desgarrador!..
La rosa en su casto broche
no encierra amor como antes
ni veo los rayos amantes
de la reina de la noche...
No turban la soledad
las aves en la laguna...
ya no aparece la luna
y ahuyenta la oscuridad!
Su rayo de paz y amor,
madre mia, no fulgura...
la noche es triste y oscura...
imájen de mi dolor!
Crudo vendabal arranca
las flores de este contorno;
preciosa gala y adorno
de aquella casita blanca,
cárcel de mis pensamientos,
palacio de mis encantos,
donde me alhagaban tantos
pájaros con sus acentos.
Madre!.. El valle es un desierto...
de las aves cesó el canto...
las flores derraman llanto...
la campana toca á muerto!...
Como nube se evapora
el triste ¡ ay! del moribundo!...
Ese el «á Dios» que dá á un mundo
que ni tan solo le llora!..
D.ª CÁRMEN Devolved, Señor, la calma
á ese pecho!
ANGELA. Mira... Acaba

de espirar aquel que amaba
tu hija con toda el alma.
¿ Ves una sombra vagar
por el monte y por la selva ?..—
ya no es posible que vuelva ,
pues vá la dicha á buscar.
Camina en pos de un amor
como el que su pecho encierra:—
¡ por eso deja la tierra
y desoye mi clamor!!..!
Aquel querub que le espera
y á sí gozoso le llama ,!
su luz divina derrama
é ilumina su carrera...
Los ángeles del Señor
cruzan el inmenso espacio
y le llevan al palacio
morada del Redentor.
El cielo ostenta á millares
luces radiantes y bellas...
¡ que hay como en el cielo estrellas
en mi corazon pesares !!

D.ª CÁRMEN ¡ Oh !.. Calma , por compasion ,
la pena que te devora !

ANGELA. Luto viste desde ahora
mi afljido corazon ! ...

ESCENA ÚLTIMA.

Los mismos.—FERNANDO.

D.ª CÁRMEN Fernando !

FERNANDO. (Ap.) ¡ Suerte fatal !

[Oyese á lo lejos la campana de la aldea doblar á muerto, y á su tiempo la voz de César, cada vez mas distante, entonando una cancion.]

ANGELA. ¡ Ah !

D.ª CÁRMEN. ¿ Qué anuncia esa campana ?

FERNANDO. Que ya vé un alma cristiana
la morada celestial !..

CÉSAR. (Dentro, canta:)
Estrellas , del triste amigas ,

no me dejeis, alumbradme,
que el llanto ciega mis ojos
porque me ausento del valle.

ANGELA. ¡Esa voz!..

FERNANDO. Es el «adios»
que César llorando envía!..—
¡Ay, amigos! En un dia
os he perdido á los dos!
(Pausa.)

D.ª CÁRMEN En tan agudos dolores (A Angela.)
al llanto da libre rienda...

FERNANDO. Cuando el dia nos sorprenda
con sus mágicos colores,
sobre su tumba adorada
dos lágrimas verteremos...
y al verterlas cumpliremos
una promesa sagrada.

ANGELA. Si... A los tibios resplandores
del sol que la luz derrumba,
cubierta vereis su tumba
de lágrimas y de flores.

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 7 de abril de 1859.

El Censor de Teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

PUNTOS DE VENTA.

Barcelona: librería de Mayol, calle de Fernando VII, y en Madrid y demás provincias en casa de los Sres. corresponsales de la galeria dramática y lírica, titulada: El Teatro.